

# **EL MARTIRIO DE POLICARPO, OBISPO DE ESMIRNA**

En la gran persecución de los cristianos que brotó en Asia en los días de Marco Aurelio Antonio Verus, trece cristianos de Esmirna sufrieron martirio. Entre ellos estaba su piadoso pastor, obispo de la iglesia, Policarpo. El furioso tumulto contemplando la valentía de los primeros que sufrieron, se enfureció aún más cuando los testimonios de los moribundos fructificaban en la conversión de muchos paganos. Entonces pidió a gritos ensordecedores la muerte de Policarpo, el padre espiritual de ellos. Soldados y guardias a caballo fueron ordenados a buscarlo y traerlo al estadio.

Amigos le avisaron al venerable anciano quien por consejos de ellos salió de la ciudad y se escondió en una granja en el campo. Allí, en compañía con algunos amigos, pasó unos días, ocupándose día y noche en oración. Mientras oraba tuvo una visión en la cual vio que su almohada se quemaba. La interpretó como un aviso de que él mismo sería quemado. Sabiendo que se acercaban sus perseguidores, salió de esa casa y se retiró a otra. Cuando llegaron los soldados a la primera casa, por medio de torturas forzaron a un joven esclavo de la familia a revelarles el lugar en donde el anciano se escondía.

Llevando al joven como guía, llegaron el viernes antes de la Pascua a la hora de la cena. Policarpo, desde su cuarto en el segundo nivel de la casa, oyó las voces de sus perseguidores, bajó y entabló conversación con ellos. Personas en la calle se quedaron maravillados al ver su firmeza; y la insensibilidad de los soldados en llevar a un hombre tan anciano.

Policarpo mandó que se pusiera la mesa y se le sirviera la cena a la guardia, y a la vez les rogó concederle una hora para orar. Eso le fue concedido. Durante dos horas oró tan lleno de gracia que los integrantes de la guardia se entristecieron por tener que llevar al venerable anciano. Al finalizar su oración, lo montaron sobre un asno, y lo llevaron ante el capitán de la guardia y su padre. Ellos lo hicieron subir en su carruaje donde intentaron persuadirlo por amor a sí mismo reconocer a Cesar como su Señor y ofrecerle incienso. Durante algún tiempo, el anciano se quedó callado pero finalmente se negó a hacerlo. A empujones lo bajaron del carruaje. Policarpo se lastimó, pero sin hacer caso de la herida recibida en la caída, entró en el estadio donde la bulla apagaba la voz humana. En ese momento una voz de los cielos, oída por los cristianos presentes, le animó diciendo: “Esfuézate. Pórtate varonilmente”.

Lo llevaron delante del procónsul quien le preguntó si fuera él, el buscado Policarpo. Al contestar que sí, el procónsul intentó persuadirlo, rogándole que por amor de sus años jurara “por el genio de Cesar”, que se arrepintiera y dijera: “Que mueran los que niegan a los dioses”.

Policarpo con rostro solemne, contempló a la gran multitud de espectadores, gimió, y con su rostro alzado hacia los cielos, dijo: “Que mueran los impíos”.

El procónsul no satisfecho con eso insistió que jurara lealtad a Cesar, ofreciéndole perdón si injuriara a Cristo.

Policarpo contestó: “Ochentiseis años le he servido y jamás me ha hecho algún mal. ¿Cómo puedo yo injuriar a mi Rey quien me ha salvado?”

Al insistir el procónsul de nuevo que jurara “por genio de Cesar”, él contesto: “Si usted

supone que yo jure por ‘el genio de Cesar’ y pretende ignorar quien soy, oiga claramente: ‘Yo soy cristiano’”.

Al ver su firmeza, el procónsul le amonestó: “Tengo fieras y te las echaré si tú no te arrepientes.”

“Mande a traerlas. Arrepentirnos de algo mejor por algo peor, no nos es permitido; pero cosa noble es cambiar lo injusto por lo justo”. Entonces el procónsul insistió: “Si no te arrepientes, mandaré que te acaben con fuego ya que tú menosprecias las fieras”.

Policarpo respondió: “Usted me amenaza con fuego que por poco tiempo arde y luego se apaga. Ignora que hay un fuego de juicio futuro y castigo eterno que se reserva para los impíos. Pero ¿por qué se detiene? Haga conmigo lo que quiera”.

Diciendo eso y mucho más, fue inspirado con valor y gozo mientras su rostro resplandecía. El procónsul quedó atónito. Mandó a pregonar tres veces por todo el estadio: “Policarpo se ha confesado ser cristiano”.

La multitud compuesta tanto de judíos como de gentiles, pidió que le fuese suelto un león. El procónsul no pudo conceder esa petición por haber pasado la hora de los juegos. Entonces pidió que fuera quemado. Acordándose Policarpo de la visión, dijo: “Así sea”.

La multitud se apresuró a traer leña y haces. Y cuando la pira se hubo formado, Policarpo se desvistió de su manto y cinto e hizo el intento de descalzarse, cosa que por sus años, no pudo hacer. Amontonaron la leña alrededor de sus pies y dispusieron clavarlo a la estaca. El les suplicó diciendo: “Déjenme tal como estoy. El que me concede aguantar el fuego, me concederá estar sobre la pira sin estar clavado”.

Así que no lo clavaron, sino lo amarraron solamente. Él, poniendo sus manos detrás y dejándose amarrar, se veía como un noble carnero escogido del rebaño, holocausto listo para ser ofrecido en sacrificio agradable y aceptable a Dios. Mirando hacia arriba alabó a Dios y oró.

Al finalizar su oración, los fagoneros prendieron el fuego. Luego brotó una gran llamarada. Los fieles presentes después testificaron de haber visto una cosa maravillosa. En vez de tocar al cuerpo, las llamas formaron la figura de hinchadas velas de un gran barco, dejando el cuerpo envuelto como dentro de un horno pero sin tocarle. Dijeron que se sentía una fragancia como de incienso, de especies olorosas. Cuando por fin se vio que el fuego no pudo tocar al mártir, mandaron a un soldado darle un puñalazo. Al hacerlo, la sangre salió a chorros y apagó el fuego. Fue por la espada que pereció el venerable obispo más bien que por el fuego.

No les fue concedido a los fieles llevar el cuerpo de Policarpo, dando el jefe de la guardia razón que si recibiesen su cuerpo los cristianos dejarían de adorar al “crucificado” y comenzarían a adorar a este hombre.

El centurión atendió a la multitud y colocó el cuerpo en el fuego de nuevo. Solamente los huesos fueron al fin recogidos y depositados en un lugar en donde dispusieron reunirse los cristianos cada año para celebrar “el día de su natalicio” cuando su héroe había “nacido de nuevo”, entrando triunfante en el reino celestial.

Bienaventurados los que son fieles hasta la muerte, que ganan la corona de la vida.

Esta historia detallada del martirio de Policarpo nos ha sido conservada en la carta que la iglesia de Dios de Esmirna mandó a los de Filomelio y a la iglesia universal.

Abreviado y traducido de: “Los Padres Apostólicos” por J. B. Lightfoot